

Alejandro Dumas

El vizconde de Bragelonne

TOMO II

INDICE

I.-El nuevo general de los jesuitas .....	II.-La tempestad .....	III.-La lluvia .....	IV.-Tobías .....	V.-Las cuatro probabilidades de Madame .....	VI.- sorteo .....	VII.-Malagá .....
.....						
VIII.-La carta del señoaisemeaux .....						
IX.-Donde el lector verá con placer que Porthos conserva toda su fuerza .....						
X.-El ratón y el queso .....						
XI.-La casa de campo de Planchet .....						
XII.-Lo que se veía desde la casa .....						
XIII.-Como Porthos, Truchen y Planchet se separaron amigos, gracias a Artagnan ..						
XIV.-La presentación de Porthos .....						
XV.-Aclaraciones .....						
XVI.-Madame y Guiche .....						
XVII.-Montalais y Malicorne .....						
XVIII.-Recibimiento de Wardes en la Corte .....						
XIX.-El combate .....						
XX.-La cena del rey .....						
XXI.-Después de cenar .....						
XXII.-Cómo desempeñó Artagnan la misión que el rey le confiara .....						
XXIII.-Al acecho .....						
XXIV.-El médico .....						
XXV.-Artagnan reconoce que se equivocó ~y~ que era ~ianicamp quien tenía razón .....						
XXVI.-Conveniencia de tener dos cuerdas :para un are .....						
XXVII.-El señor Malicorne, archivero del reino de Francia. . .						
XXVIII.-El viaje .....						
XXIX.-El triunfeminato .....						
XXX.-Primera discordia .....						
XXXI.-Desesperación .....						
XXXII.-La fuga ..						
XXXIII.-Cómo pasó Luis el tiempo desde las diez y media de la noche hasta lo doce .....						
XXXIV.-Los embajadores .....						
XXXV.-Chaillot .....						
XXXVI.-En el aposento de Madame .....						
XXXVII.-El pañuelo de la señorita de U. Vallière .....						
XXXVIII.-Que trata de los jardineros, -de las escalas y de as camaristas .....						
XXXIX.-Que trata de la carpintería, con algunas nociones acerca de la instalación de escalera .....						
XL.-F.1 pa" a la luz de las antorchas .....						
XLI.-La aparición .....						
XLII.-El retrato .....						
XLIII.-Hampton-Court .....						
XLIV.-El correo de Madame .....						
XLV.-Saint-Aignan sigue el consejo de Malicorne .....						
XLVI.-Dos antiguos amigos .....						
XLVII.-Donde se ve que el trató que no,puede hacerscon ..						
XLVIII.-La piel de oso ..						
XLIX.-En el aposento de la reina madre • .....						
L.-Dos amigas ..						
LI.-De cómo Juan ~de ~La Fontaine compuso su primer cuento .....						
LII.-La Fontaine negociante .....						
LIII.-vajilla y los diamantes de la señora deBeilière. LIV.-El resguardo del señor Mazarino .....						
LV.-La , minuta del acñor Coibert .....						
LVI.-Donde ` cree el autor que ya es hora dr 'hablar nueva' mente del vizcoide de B~onne .....						
LVII.-Bragelonne continúa sus interrogaciones .....						
LVIII.-Dos que sienten celos ..						
LIX.-Visita domiciliaria .....						
LX.-El sistema de. Portlms .....						
LXI.-La mudanza, jatrapa y el retrato .....						
LXII.-Adversarios políticos .....						
LXIII.-Rivales en amores ..						
LXIV.-El rey y la nobleza .....						
LXV.-Continúa la tempestad .....						
LXVI.-Heu! Miser! .....						
LXVII.-Heridas sobre heridas ..-: ..						
LXVIII.-Lo que Raúl había adivinado .....						
LXIX.-Tres convidados sorprendidos de cenar juntos .....						
LXX.-Lo que sucedía en el Louvre durante la cena en la Bastilla .....						
LXXI.-Donde Athos es libertado 'y buscado .....						
LXXII.-Donde Porthos queda convencido sin comprendernada. LXIII.-La sociedad del señor Baisemeaux ... ..						

LXXIV. Preso ..... LXXV.-Cómo- Mosquetón había. engordado sin prevenir de ello a Porthos, y de los disgustos que eso proporcionaba al digno gentilhombre .....

LXXVI -Mícer Juan Percerín ..... LXXVII.-Las muestras ..... LXXVIII.--En donde el célebre Molière tomó tal vez su primera idea del burgués gentilhombre . . . . . , LXXIX.-La colmena, las abejas y la miel LXXX-Nueva cena en la Bastilla  
LXXXI.-El general de la Orden ..... .. LXXXII.--El tentador .....

LXXXIII.-Corona y tiara ..... LXXXIV.-El palacio de Vaux-le-Vicomte ..... , ..... LXXXV.-rSI vino de Melún -..... LXXXVI.-Néctar y ambrosía .....  
LXXXVII.-A gascón, gascón y medio . • ..... LXI{XVIII-OoIberf .....  
LXXXIX.TCelos ..... .. XC.-Lesa Majestad XLI.-Una noche en la ..... astilla .....  
XLII.-La sombra del señor Fouquet . ..... XLIII.-La mañana .....

XLIV.-E1 amigo del rey ..... XLV.-De cómo se respetaba la consigna en la Bastilla ...  
XLVI. El reconocimiento 'del rey, ..... XLVII.-E1 falso rey ..... XLVIII.-  
Donde Porthos cree correr tras un ducado.... XLIX.-El último adiós ..... C: El señor de Beaufort  
CI.-Preparativos de partid..... CII.-El inventario de Planchet  
CIU.-El inventario del señor de Beaufort ..... 1....

CIV. La fuente de plata ..... • CV.-Cautivo y carceleros .....

CVL-Las promesas ..... .. °CVII.-Entre mujeres .....  
..... CVIII.-La cena ..... CIX.-En la carroza del señor Colbert ..... CX.-Las dos gabarras . ..... CXI.-Consejos de amigo .....

CXII.-De cómo el rey Luis XIV desempeñó~Su papelito . . CXIH.—El caballo blanco y el caballo negro ..... CXIV.-Donde la ardilla cae y la culebra vuela..... CXV.-Belle-Isle-en-Mer .....  
..... CXVI.-Las explicaciones- de Aramis .....  
de las ideas del rey y de las ideas de Artagnan ..... : CXVH.—  
Continuación .....  
de las ideas del rey y • de aas . ideas . de ' Artagnan .....

CXVIII.-Los antepasados de Porthos ..... CXIX.-El hijo de Biscarrat ..... CXX. La gruta de Locinaria ..... CXXI.-La gruta .....  
CXXII.-Un canto de Homero ..... • CXXIII. La muerte de un titán .....  
..... CXXIV. El epitafio de Porthos ..... • ..... CXXV.-La ronda del señor de Gesvres .  
..... CXXVI.-El rey Luis XIV ..... CXXVII.-Los amigos del señor Fouquet .....  
CXXVIII.-El testamento de Porthos ..... CXXIX. La vejez de Athos .....  
CXXX.-Visión de Athos ..... CXXXI.-E1 ángel de la muerte .....

CXXXII.-Parte de guerra ..... C7~üII. -Último canto dei ~poema - ..... Spfiogo ...  
.....  
Lá [muerte.de](#) Attagnan .....  
...

## EL NUEVO GENERAL DE LOS JESUITAS

En tanto que La Vallière y el rey confundían en su primera declaración todas las penas pasadas, toda la; dicha presente y todas las esperanzas futuras, Fouquet, de, vuelta a la habitación que se le haía señalado en Palacio, conversaba con Aramis sobre todo aquello que precisamente el -rey olvidaba. -

Decidme ahora -preguntó Fouquet, a qué altura estamos en el asunto de Belle-Isle, y si tenéis noticias de allá.

-Señor superintendente -contestó Aramis-, todo va por, ese lado conforme a` nuestro deseo; los gas-; tos. han sido pagados y nada se ha traslucido de nuestros designios.

-Pero ¿y la guarnición que el rey quería poner allí?

=Esta mañana he sabido que-llegó hace quince días.

--¿Y cómo se la ha tratado? -¡Oh! Muy bien.

¿Y qué se ha hecho de la antigua ' guarnición?

-Fue trasladada a Sarzeal, y desde .allí la han enviado inmedialamentó a Quimper.

-¿Y la nueva guarnición? -Es nuestra ya.  
-¿Estáis seguro de lo que decís, señor de Vannes?  
-Absolutamente; y ahora veréis cómo ha pasado la cosa.

-Ya sabéis que de todos los puntos de guarnición, Belle-Isle es el peor.

-No lo ignoro, y ya está esto tenido en cuenta; ni allí hay espacio, ni comunicaciones, ni mujeres, ni juego; y es una lástima —repuso Aramis, con una de esas sonrisas que sólo a él eran peculiares— ver el ansia con que los jóvenes buscan hoy las diversiones y se inclinan hacia aquel que las paga.

-Pues procuraremos que se diviertan en Belle-Isle.

-Es que si se divierten por cuenta del rey, amarán al rey; en cambio, si se aburren por cuenta de Su Majestad y se divierten por cuenta del señor Fouquet, amarán al señor Fouquet.

-¿Y habéis avisado a mi intendente para inmediatamente que llegasen...?

-No; se les ha dejado aburrirse a su sabor durante ocho días; pero al cabo de este tiempo han reclamado, diciendo que los antecesores suyos divertíanse más que ellos. Contestóseles entonces que los antiguos oficiales habían sabido atraerse la amistad del señor Fouquet, y que éste, teniéndolos por amigos, procuró desde entonces que no se aburrieran en sus tierras. Esto les hizo reflexionar. Pero, acto continuo, añadió el intendente que, sin prejuzgar las órdenes del señor Fouquet; conocía lo suficiente a su amo para saber que se interesaba, por cualquier gentilhomme que estuviese al servicio del rey, y que, a pesar de no conocer todavía a los nuevos oficiales, haría por ellos tanto como hiciera por los anteriores.

-Perfectamente. Supongo que a las promesas habrán seguido los efectos; ya sabéis que no permito que se prometa nunca en mi nombre sin cumplir.

-En seguida púsose a disposición de los oficiales nuestros dos corsa-

rios y vuestros caballos, y se les dio la llave de la casa principal, de suerte que forman partidas de caza, y deliciosos paseos con cuantas mujeres hay en Belle-Isle. Más las que han podido reclutar en las inmediaciones y no han temido marearse.

-Y hay buena colección en Sarzeau y Vannes, ¿no es cierto? -¡Oh! En toda la costa -respondió tranquilamente Aramis.

¿Y para los soldados?

Para éstos, vino, excelentes víveres y buena paga.

-Muy bien; de modo... -Que podemos contar con la actual guarnición, más, si es posible, que con la anterior.

--Bien.

-De lo cual se deduce que, si Dios quiere que nos renueven la guarnición cada dos meses, al cabo de tres años habrá pasado por Belle-Isle, todo el ejército, y en vez de tener un regimiento a nuestra disposición, tendremos cincuenta mil hombres.

-Bien suponía yo -dijo Fouquet- que no había en el mundo un amigo más precioso e inestimable que vos, señor de Herblay; pero con todas estas cosas -repuso, riendo- nos hemos olvidado de nuestro amigo Du-Vallón. ¿Qué es de él? Declaro que- en esos tres días que he pasado en Saint-Mandé todo lo he olvidado.

-¡Oh! Pues yo..., no -replicó Aramis-. Porthos se encuentra en Saint-Mandé untado en todas sus articulaciones, atestado de alimentos y con vinos a todo pasto; he dispuesto que le franqueen el paseo del pequeño parque, paseo -que os habéis reservado para vos solo, y usa de él. Ya comienza a poder andar, y ejercita sus fuerzas doblando olmos jóvenes, o haciendo saltar añejas encinas, como otro Milón de Crdtona. Ahora bien, como no hay leones en el parque, es probable que le encontremos entero.

Es todo un intrépido nuestro Porthos.

-Sí; pero, entretanto, va a aburrirse.

¡Oh! No lo creáis. -Hará preguntas.

-No, porque no ve a nadie. -De todos modos, ¿espera alguna cosa?

-Le he dado una esperanza que realizaremos algún día, y con eso vive satisfecho.

-¿Qué esperanza?

-La de ser presentado al rey. -¡Oh! ¿Y con qué carácter? -Con el de ingeniero de Belle-Isle. Tenéis razón.

¿Es cosa que puede hacerse?. -Sí, ciertamente. ¿Y no creéis conveniente que vuelva a Belle-Isle cuanto antes?

-Lo creo indispensable, y pienso enviarle lo más pronto posible. Porthos tiene mucha apariencia, y sólo conocemos su flaco Artagnan, Athos y yo. Porthos nunca se vende, pues está dotado de gran dignidad; en presencia de los oficiales hará el efecto de un paladín del tiempo de las Cruzadas. Es bien seguro que emborrachará al Estado Mayor sin emborracharse él, y será para todos objeto digno de admiración y simpatía, aparte de que, si tuviésemos que ejecutar alguna orden, Porthos es una consigna viviente, y tendremos que pasar por lo que él diga.

-Pues enviadle.

-Ese es también mi proyecto, pero, dentro de algunos días, pues habéis de saber una cosa.

¿Qué?

-Que temo a Artagnan. Ya habréis advertido que no se encuentra en Fontainebleau, y Artagnan no es hombre que esté ausente u ocioso impunemente. Ya que he terminado mis asuntos, procuraré averiguar en qué se ocupa Artagnan.

-¿Decís que habéis terminado vuestros asuntos?

-Sí.

-En tal caso sois feliz, y por mi parte quisiera decir lo propio. -Creo que no tengáis que temer. -  
¡Hum!

-El rey os recibe perfectamente, ¿no es verdad?

-Sí.

-¿Y Calbert os deja en paz? Casi, casi.

-Así, pues -dijo Aramis-, podemos pensar en lo que os manifestaba ayer respecto de la pequeña. -

¿Qué pequeña?

-¿Ya la habéis olvidado? -Sí.

-Respecto de La Vallière. -¡Ah! Tenéis razón.

-¿Os repugna conquistar a esa joven?

-Por un solo motivo. ¿Por qué?

--Porque ocupa otra mi corazón, y nada siento absolutamente hacia esa joven..

-¡Oh, oh! --exclamó, Aramis-. ¿Decís que tenéis ocupado el corazón.

-Sí:

-¡Pardiez! ¡Hay que tener cuidado con eso!

-¿Por qué?

-Porque sería cosa terrible tener ocupado el corazón cuando tanto necesitáis de la cabeza.

-Es verdad. Pero ya visteis que apenas me habéis llamado he acudido. Mas, volviendo a la pequeña.

¿Qué provecho veis en que le haga la corte?

-Dicen que el rey ha concebido un capricho por esa pequeña, por lo menos según se cree.

-Y vos, que todo-lo sabéis, ¿tenéis noticias de algo más?

-Sé que el rey ha cambiado casi repentinamente; que anteaer el rey era todo fuego por Madame; que hace algunos días se quejó Monsieur de -ese fuego' a la reina madre; y

que ha habido disgustos matrimoniales y reprimendas maternas-¿Cómo habéis sabido todo-eso? -  
Lo cierto es que lo sé.

¿Y qué?

-A consecuencia de tales disgustos y reprimendas, el rey' no hecho dirigido da palabra ni ha hecho el menor caso de Su 'Alteza Real. -¿Y qué más?

-Después, se ha dirigido a la `señorita de La Vallière. La señorita de La Vallière es camarista de Madame. ¿Sabéis lo que, en amor, se llama una pantalla?

Lo sé.

:Pues bien: la señorita de La Vallière es la pantalla de Madame. Aprovechaos de esa posición; bien que, para vos, esa circunstancia la creo innecesaria. No obstante, . el amor propio herido hará la conquista más fácil; la pequeña sabrá el secreto del rey y de Madame\_ Ya sabéis` el partido que un hombre inteligente puede sacar de un secreto.

-Pero, ¿cómo he de abrirme paso hasta ella?

¿Eso me preguntáis? -repuso Aramis.

--Sí, pues no tengo tiempo` de ocuparme en tal cosa.

-Ella es pobre, humilde, y estará con que le creéis una posición. Entonces, ya subyugue al rey como amante, ya llegue a ser sólo su confidente, siempre. habréis ganado un nuevo adepto.

-Esta bien. ¿Y qué hemos de hacer en cuanto a esa pequeña? -Cuando deseáis a una mujer, ¿qué hacéis, señor superintendente? -Le escribo, hago mil protestas de amor y mis ofrecimientos correspondientes, y firmo: Fouquet. -¿Y ninguna ha \_resistido hasta ahora?

-Sólo una -contesto' Fouquet ; pero hace cuatro días que ha cedido como las otras.

-¿Queréis tomaros la molestia

de escribir? .preguntó Aramis a Fouquet, presentándole una pluma. Bouquet la cogió.

-Dictad` le dijo---; tengo de tal modo ocupada la imaginación en otra parte, que no acertaría a trazar dos líneas.

-Vaya, pues -dijo Aramis-; escribid:

Y dictó lo que sigue:

"Señorita: Os he visto, y no os sorprenderá que os haya encontrado `hermosa.

"Pero, faltándoos una posición digna de vos, no podéis hacer otra cosa que vegetar en la Corte.

"El amor de un hombre de bien, en el caso de que tengáis alguna ambición, podría servir de ayuda a **vuestro** talento y a vuestras gracias.

"Pongo mi amor a vuestros **pies**; pero, como un amor, por humilde y prudente que sea, puede comprometer al objeto de su culto, no conviene que una persona de vuestro mérito **se** arriesgue a quedar comprometida sin resultado para su porvenir.

"Si os dignáis corresponder a mi cariño, os probará mi amor su =reconocimiento haciéndoos libre para siempre."

Después de escribir Fouquet lo que antecede, miró a -Aramis. -Firmad -dijo éste.

¿Es cosa necesaria?

Vuestra f; [ima.al](#) pie de esa carta vale un millón; sin: duda lo habéis olvidado, mi amado superintendente.

Fouquet firmó.

¿Y por quién vais a remitir esa carta? --**dijo** Aramis.

=Por un criado excelente. ¿Estáis seguro de él? °—Es mi correveidile ordinario. Perfectamente.

-Por lo demás, ¿no es pesado el juego. que llevamos poí este lado? -¿En qué sentido?

Ni es verdad lo que decís de

las complacencias de la pequeña por el rey y por Madame; le dará el rey; cuanto dinero desee.

-¿Conque el rey tiene dinero? -preguntó Aramis.

-¡Cáscaras! Preciso es que así sea, cuando no pide.

-¡Oh! ¡Ya pedirá, estad seguro! =Hay más aún, y es que yo creía que me hubiera hablado de esas fiestas de Vaux. ,

-¿Y qué?

-Nada ha dicho de eso. -Ya hablará.

-Muy cruel creéis al,rey, amigo Herblay.

-Al rey, no.

-Es joven, y, por lo tanto, bueno. -Eis joven, y, por lo tanto; débil o apasionado; y el señor Colbert tiene en sus villanas manos su debilidad o sus vicios.

-Ya véis cómo le teméis. -No lo niego.

-Pues estoy perdido. -¿Por qué?

-Porque mi fuerza con el rey consistía sólo en el dinero.

-¿Y qué?

-Y estoy arruinado. - -No.

-¿Cómo que no? ¿Estáis acaso mejor enterado que yo de mis asuntos?

-**Quizá:**

-¿Y si pide que se celebren las fiestas?

-Las daréis. --Pero, ¿y dinero?"

¿Os ha faltado acaso alguna vez?

-¡Ah! ¡Si supierais a qué precio me he procurado **el** último!

-El próximo nada os costará. ¿X .quién me lo dará? -Yo.

-¿Vos, seis **millones**? -**Diez**, si fuese necesario. -En verdad, amigo Herblay -di jo **Fouquet** , vuestra confianza me asusta, más aún que la cólera del rey.

' -¡Bah!

-Pero; ¿quién sois? --Creo que ya me conocéis. -Tenéis razón; ¿y qué queréis?

Quiero en el trono de Francia ,un soberano que dé su entera confianza al señor Fouquet, y que el señor Fouquet me sea fiel.

--¡Oh! -murmuró Fouquet estrechándole la mano-. En cuanto a seros fiel, podéis contar siempre con ello; mas, creedme, señor de Herblay, os hacéis ilusiones.

-¿En qué?

-Jamás me dará el rey su entera confianza.

No 'he afirmado que el rey os dé su entera confianza.

-Pues eso es lo que habéis dicho. '

-No he dicho el rey; he dicho un soberano.

-¿Y no es igual?

-No, por cierto, que hay mucha diferencia.

-No os comprendo.

-Ahora me comprenderéis; supongamos que ese soberano fuera otra per sana que Luis XIV:

¿Otra persona?

-,Sí, que todo lo deba a vos. -Imposible.

-Hasta su trono.

\_,¡Oh! ¡Estáis loco! No hay más hombre que Luis XIV **que** pueda ocupar el trono de Francia. No veo ni uno solo.

--Pues yo sí.

-A menos que sea Monsieur -repuso Fouquet, mirando a Aramis con ansiedad...- Pero Monsieur. . .  
No es Monsieur...

-¿Y cómo queréis que un príncipe que no sea de la sangre, que no tenga derecho alguno...? -  
El rey que yo me doy, es decir, el que os daréis, vos mismo, será cuanto tenga que ser, no os preocupéis.

Cuidado, señor de Herblay, que me hacéis estremecer. Aramis sonrió.

-Así como así, ese estremeci

miento os cuesta muy poco --dijo. -Repito que me asustáis. Aramis volvió a sonreír.

-¿Y os reís con esa calma? --dijo Fouquet.

-Y cuando llegue el día reiréis vos, como yo; pero, por ahora, debo ser sólo yo el que ría.

-No comprendo.

Cuando llegue el día, ya me explicaré, no tengáis miedo. Ni vos sois san Pedro, ni yo Jesús, y, sin embargo, os diré: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?"

-¡Diantre! Dudo..., dudo porque no veo.

-Es que entonces estáis ciego, y os, trataré, no ya como a San Pedro; sino como a San Pablo, y -os diré: "Llegará día :en quo se abrirán tus ojos."

-¡Oh! -murmuró Fouquet ¡Cuánto desearía creer!

-¿Y no creéis aún vos, a quien tantas veces he hecho atravesar el abismo en que os hubieseis sepultado sin remedio si hubierais caminado solo; vos, que de procurador general habéis ascendido al cargo de intendente, del puesto de intendente al de primer ministro, y que de primer ministro pasaréis a ser mayordomo mayor de Palacio? -Pero, no -añadió con su habitual son- risa-; no, no, vos no podéis ver, y, por consiguiente, tampoco podéis creer eso.

Y Aramis se levantó para ausentarse.

--Una palabra no más -dijo Fouquet ; nunca habéis hablado así; nunca os habéis mostrado tan confiado, o mejor dicho, tan te, merario.

-Porque para hablar alto es preciso -tener la voz libré.

-¿De modo que vos la tenéis? -Sí.

-Será de poco tiempo a esta parte.

-Desde ayer.

-¡Oh! Señor de Herblay, ipen-

sad bien lo que hacéis, pues lleváis la seguridad hasta la audacia! -Porque uno puede ser audaz cuando es poderoso.

-¿Y lo sois?

---Os he ofrecido diez millones, y os los ofrezco de nuevo. Fouquet levanaóse turbado. -Veamos -- dijo-; hace poco hablabais -de derribar reyes y reemplazarlos por otros reyes. ¡Dios me perdone, pero, si no estoy loco, eso es lo que habéis dicho no hace mucho!

-No estáis loco, y es realmente lo que he dicho no hace mucho. ¿Y por qué lo habéis dicho? Porque. a uno le es dado hablar de tronos derribados y de reyes\_ creados,- cuando es superior a. los reyes y a los tronos... de este mundo. -¡Entonces, sois , omnipotente! exclamó Fouquet.

-Ya os lo he dicho y os lo repito -contestó Aramis con ojos encendidos y labio trémulo.

Fouquet se arrojó sobre su sillón / y dejó caer su cabeza entre las manos.

Aramis lo contempló por un instante coma hubiera hecho el ángel de los destinos humanos con cualquier sencillo mortal.

-Adiós -le dijo-, estad tranquilo, y enviad vuestra carta a La Vallière. Mañana sin falta nos volveremos a, ver, ¿no es verdad?

-Sí, mañana -dijo Fouquet moviendo la cabeza como hombre que vuelve en sí; pero, ¿dónde nos veremos?

-En el paseo del rey, si os place'. -Muy bien.

Y los dos se separaron.

## LA TEMPESTAD

El día siguiente amaneció sombrío y nebuloso, y como todas co nocían el paseo dispuesto en el rea; programa, las primeras miradas de todos al abrir los ojos se dirigieron al cielo.

Sobre los árboles flotaba un vapor denso, ardiente, que apenas tenía fuerza para levantarsd.a treinta pies del suelo, bajo los rayos del sol que sólo podía distinguirse a través del 'velo de una pesada y espesa nube.

Aquel día no había rocío. Los céspedes estaban secos, las flores mustias. Los pájaros cantaban con más reserva quede costumbre entre el ramaje inmóvil, como si estuviera muerto. No se oían aquellos murmullos extraños, confusos, llenos de vida, que parecen nacer y existir por influjo del sol, ni aquella respiración de la Naturaleza, que habla sin cesar en medio de todos los demás ruidos: nunca había sido tan grande el silencio.

Aquella melancolía del cielo hirió los ojos del rey cuando se asomo a la ventana al levantarse.

Mas como hallábanse dadas las órdenes para el paseo, como estaban hechos todos los preparativos, y como, lo que era aún más perentorio- e importante, contaba Luis con aquel paseo para responder a las promesas ' de su imaginación, y hasta podemos decir 'a las necesidades de su corazón, decidió el rey, sin vacilaciones, que el estado del cielo nada tenía que ver con todo aquello, que el paseo estaba resuelto, y que hiciera el tiempo que quisiese, se llevaría a cabo.

Por lo demás, hay en algunos reinados terrenales, privilegiados del cielo, horas en que se creería que la voluntad de los\_ soberanos de la tierra tiene su influencia sobre la voluntad divina. Augusto tenía a Virgilio para decirle: *Nocte placet tata redeunt spectacula mane.* Luis XIV tenía a Boileau, que había de decirle otra cosa, y a Dios; que debía mostrarse casi tan complaciente

con él como lo había sido Júpiter con Augusto.

Luis oyó misa, según costumbre; pero, hay que decirlo, algo distraído de la presencia del Creador por el recuerdo de la criatura. Durante el oficio' divino púsose a calcular más de una vez el número de minutos; y después el de segundos que le separaba del bienhadado momento en que Madame se pondría en camino con sus camaristas.

Por lo demás, excusado es manifestar que todos en Palacio ignoraban la entrevista que se había verificado el día anterior 'entre La Vallière y el rey. Tal vez Montalais, con su habitual charlatanería, la hubiera revelado; pero Montalais se hallaba en esta ocasión contenida por Malicorne, quien le había cerrado los labios \_con la cadena del interés común.

Respecto a Luis XIV, se contemplaba tan dichoso, que había perdonado casi enteramente a Madame su jugarreta de la víspera; y, en efecto, más motivo tenía para alegrarse que para entristecerse de ello. Sin aquella intriga, no hubiese recibido la carta de La Vallière; sin aquella carta, no hubiese habido audiencia; y sin aquella audiencia, habría permanecido el rey en la indecisión. Había demasiada dicha en su corazón para dar entrada al rencor, al menos por aquel momento.

Así fue, que, en lugar de fruncir 11 el ceño al ver a su cuñada, se propuso mostrarle más afabilidad y benevolencia que de costumbre.

Era, sin embargo, con una condición: que estuviese lista muy pronto.

Tales eran las cosas en que pensaba Luis durante la misa, y que, digámoslo, le hacían olvidar durante el santo ejercicio aquellas en que hubiera debido pensar nor su carácter de soberano cristianísimo y de hijo primogénito de la Iglesia.

Sin embargo, es Dios tan bondadoso con los errores juveniles, y todo lo que, es amor, aun cuando no sea de los más legítimos, halla tan fácilmente perdón a sus miradas paternales, que al salir de la misa miró Luis al cielo, y pudo ver por entre los claros de una nube un rincón de ese manto azul que huella el Señor con -su planta.

Volvió a Palacio, y, como el paseo no debía verificarse hasta las doce, y lío eran todavía más que las diez, se puso à trabajar tenazmente con Colbert y Lyonne.

Mas, como en algunos intervalos de descansó fuese Luis de la mesa a la ventana, en atención a que esa ventana daba al pabellón de Madame, pudo divisar en el patio al señor Fouquet, de quien hacían sus cortesanos más caso que nunca desde que vieran la predilección que el rey habíale mostrada el día antes, y que venía por su parte con aire bondadoso y placentero a hacer la corte al rey.

Instintivamente, al ver a Fouquet, el rey se volvió hacia Colbert. Colbert parecía estar contento y mostraba su semblante risueño y hasta gozoso. Dejóse, ver ese gozo desde el momento, en que, habiendo entrado uno de sus secretarios, le entregó una cartera que puso Colbert, sin abrirla, en el vasto bolsillo de sus calzas.

Pero como siempre había algo de siniestro en el fondo de la satisfacción de Colbert, optó Luis, -entre las dos sonrisas, por la de Fouquet.

Hizo seña al superintendente de que subiese, y, volviéndose después hacia Lyonne y Colbert.

-Terminad -dijo- esos trabajos y ponedlos sobre mi mesa, que luego los examinaré despacio.

Y salió.

A la señal del rey, Fouquet se apresuró a subir. En cuanto a Aramis, que acompañaba al superintendente, se había replegado gravemente entre el grupo de cortesanos vulgares, confundiéndose en él sin ser visto por el rey.

FA rey y Fouquet encontráronse en lo alto de la escalera. señor -dijo Fouquet al observar la' graciosa acogida' que le- pre'paraba Luis-, señor, hace algunos días- que Vuestra Majestad me colma de bondades. No es un rey- joven,. sino un joven dios el que reina en. Francia, el dios de los deleites, de la felicidad y del amor.

El rey se ruborizó. A pesar de lo lisonjero del cumplimiento, no por eso dejaba de`envolver alguna reticencia.

El rey condujo a Fouquet a,una salita que separaba su despacho del dormitorio.

¿Sabéis por qué os llamo? -dijo el rey sentándose al lado de la ventana, de modo que no pudiese perder nada de lo que pasase en los jardines, adonde daba la segunda entráda del .pabellón de Madame.

-No, Majestad; pero estoy persuadido de que será para algo bueno, según rrlle lo indica la graciosa sonrisa de Vuestra Majestad.

-= ¡Ah! ¿Prejuzgáis?;

-No, Majestad; miro y veo. Entonces, os habéis equivocado. ¿Yo, Majestad?

-Porque os llamo, por el contrario, a fin de daros una queja. -¿A mí, Majestad?

—Sí, y de las más serias.,

-En - verdad, Vuestra Majestad me hace temblar... y no obstante, espero lleno de confianza en su justicia y en su bondad.

-Tengo entendido, señor Fouquet, que preparáis-una gran fiesta en Voux.

Fouquet sonrió como hace el enfermo al primer ataque de una calentura olvidada que le- vuelve.

-¿Y no me invitáis? -prosiguió el rey. -

-Majestad -respondió Fouquet no me acordaba ya de semejante fiesta, hasta que anoche, uno de mis amigos (y Fouquet acentuó noblemente esta. expresión) quiso hacerme pensar en ella.

-Pero anoche os vi, y nada medijisteis, señor Fouquet.

-¿Cómo podía suponer que Vues-trá Majestad quisiese descender de las altas regiones en que vive, hasta dignarse honrar mi morada con su. real presencia?

-Eso es-una -excusa, señor Fouquet; nunca me habéis hablado de vuestra fiesta.

-No he hablado desde luego al rey de esta fiesta, primero porque nada había resuelto aún acerca de ella, y luego porque temía una negativa.

-¿Y qué os hacía temer esa negativa, señor Fouquet? Mirad, estoy decidido a: apuraros hasta lo último.

Majestad, el ardiente deseo que tenía de ver al . rey aceptar mi invitación. . -Pues bien, señor Fouquet, nada más que entendernos, ya lo veo. Vos tenéis deseos de invitarme a vuestra fiesta, y yo de ir a ella; conque invitadme e iré.

-¿Cómo! ¿Se dignaría aceptar Vuestra Majestad? -exclamó el superintendente..

-Creo que hago más que aceptar -dijo el rey riendo-, puesto que me \_convido a mí mismo.

¡Vuestra Majestad me colma de honor y alegría! --exclamó Fouquet-. Y me veo en el caso de tener que repetir lo que el señor de la Vieuville decía a vuestro abuelo Enrique IV: Domine, non sum digneus.

-Mi contestación a eso es que, si dais alguna fiesta, invitado o no, asistiré a ella.

-¡Oh! ¡Gracias, gracias, rey mío! -dijo Fouquet, levantando la cabeza en vista de aquel favor; que a su juicio era su ruina:- Pero, ¿cómo ha llegado a conocimiento de Vuestra Majestad?

-Por el rumor - público, señor Fouquet, que refiere maravillas' de vos y, milagros de vuestra casa. ¿No os enorgullece, caballero, que el rey esté celoso de vos?

-Eso, Majestad, me hará el hombre más dichoso del mundo, puesto que el día en que el rey esté envidioso- de Vaux tendré algo digno que ofrecer a mi rey.

-Pues bien, señor Fouquet, preparad vuestra fiesta; y abrid laspuertas de` vuestra morada.

-Y vos, Majestad -dijo Fouquet-, determinad el día.

-De hoy en un mes. -¿Vuestra Majestad *no* tiene otra cosa que desear?

-Nada, señor superintendente, sino veros a mi lado cuanto os sea posible de aquí ,a entonces.

Tengo el honor de acompañar a Vuestra Majestad en su paseo. Perfectamente , salgo, en efecto, señor Fouquet, y'he aquí las damas que van a la. cita.

El rey, al decir estas palabras, con todo el ardor no sóld de un joven, sino de un enamorado,, retiróse de la ventana para tomar los guantes y el bastón, que le presentaba su ayuda de cámara.

Oíanse fuera las pisadas de los caballos,y el rodar de los carruajes sobre la arena del patio.

El rey 'descendió. Todo el mundo se` detuvo al aparecer en el pórticd. El rey se dirigió derecho a la joven, reina. En cuanto a la reina madre, siempre padeciendo con la enfermedad *de que* estaba atacada, no había querido salir.

María Teresa subió a la carroza con Madame, y preguntó al rey hacia qué lado deseaba *se* dirigiese el paseo.

El rey, que acababa de ver a La. Vallière, pálida aún por los acontecimientos de la víspera, subir en una carretela con tres de sus compañeras, respondió a la reina que no tenía preferencia por ninguno y que iría satisfecho ,donde- se diri, giesen.

La reina mandó entonces que los batidores se, dirigiesen hacia Apremonta

Los batidores marcharon inmediatamente.

El **rey** montó a caballo. Durante algunos minutos siguió al carruaje de la reina y de. Madame, manteniéndose al lado de la portezuela.

El tiempo se había aclarado, a pesar de que una especie de velo polvoroso, semejante a una gasa sucia, se extendía sobre la superficie del cielo; el sol hacía relucir los átomos micáceos en el periplo de sus rayos.

El calor, era asfixiante.

Pero, como el rey no parecía fijar su atención en el estado del cielo, nadie pareció inquietarse, y el paseo, según la orden dada por la reina, partió hacia Apremont.

El tropel de cortesanos iba alegre y ruidoso; veíase que cada cual tendía a 'olvidar y à hacer olvidar a los demás las agrias discusiones [de. la](#) víspera.

Madame, especialmente, estaba lindísima.

En efecto, Madame veía al rey a su estribo, y como suponía que no estaría allí por la reina, esperaba que habría vuelto a caer en sus redes.

Pero, al cabo de un cuarto de legua, o poco menos, el rey, tras una grandiosa; sonrisa, saludó y volvió grupas, dejando desfilar la carroza de la reina, después la de las, primeras camaristas, luego todas las denrás sucesivamente, que, viéndole detenerse, querían detenerse a su vez. Pero el rey, haciéndoles seña con la mano; les decía, que continuasen su camino.

Cuando [pasó- la](#) carroza de La Vallière, el rey se le aproximó. Saludó a las damas, y se disponía a seguir la carroza .de las camaristas de la reina como había seguido a las de Madame, cuando la hilera de carrozas se paró de pronto.-

'Sin duda; la reina, inquieta por el alejamiento del rey, acababa de dar orden de consumir aquella evolución.

Téngase presente que la. dirección del paseo le había `sido concedida. El rey le hizo preguntar cuál era \_ su deseo al parar los carruajes.

-El de marchar a pie -contestó ella.



Sin duda esperaba que el rey, que seguía a caballo la carroza de las camaristas, no se atrevería a seguirlas a pie:

Encontrábanse en medio del bosque.

El paseo; en efecto, se anunciaba hermoso, hermoso sobre todo para poetas o amantes.

Tres bellas alamedas largas, umbrosas y accidentadas, partían de la pequeña encrucijada en que acababan de hacer alto.

Aquellas alamedas, verdes de musgo, festoneadas de follaje, teniendo cada una un pequeño horizonte de un pie de cielo columbrado bajo, el entrelazamiento de los árboles, presentaban bellísima vista.

En el fondo de aquellas alamedas pasaban y volvían a pasar, con patentes señales de temor, los cervatillos - perdidos o asustados que, después de haberse parado un instante en mitad del camino y haber levantado la cabeza, huían como flechas, entrando nuevamente y de un solo salto en lo espeso de los bosques, donde desaparecían; mientras que, de vez en cuando, se distinguía un conejo filósofo, sentado sobre sus patas traseras, rascándose el hocico con las delanteras e interrogando al aire para reconocer si todas aquellas gentes que se aproximaban y venían a turbar sus meditaciones; sus comidas y sus amores, no iban seguidas por algún peno de piernas torcidas, o llevaban alguna escopeta al hombro.

Toda la cabalgata habíase apeado de las carrozas al ver bajar a la reina.

María Teresa tomó el brazo de una de sus camaristas, y, después de una oblicua mirada dirigida al rey, quien no pareció advertir que fuese en manera alguna objeto de la atención de la reina, se introdujo en el bosque por la primera senda que se abrió ante ella.

Dos batidores iban delante de Su Majestad con bastones, de que se servían para levantar las ramas o apartar las zarzas que podían embarazar el camino.

Al poner pie en tierra, Madame vio a su lado al señor de Guiche que se inclinó ante ella y se puso a sus órdenes.

El príncipe, encantado con su baño de la víspera, había declarado que, optaba por el río, dando licencia a Guiche, había permanecido en palacio con el caballero de Lorena y Manicamp.

No sentía ya ni sombra de celos. Habíanlo buscado inútilmente entre la comitiva; pero, como Monsieur era un príncipe muy personal, y que poca veces concurría a los placeres generales, su ausencia había sido un motivo de satisfacción más bien que de pesar.

Cada cual había imitado el ejemplo dado por, la reina y por Madame, acomodándose a su manera según la casualidad o según su gusto: -

El rey, como hemos dicho, había permanecido cerca de La Vallière, y, apeándose en el momento en que abrían la portezuela de, la carroza, le había ofrecido la mano.

Inmediatamente Montalais y Tonnay-Charente habíanse alejado, la primera por cálculo, la segunda por discreción.

Únicamente que había esta diferencia entre las dos: la una se alejaba con el deseo de ser agradable al rey, y la otra con el de serle desagradable.

Durante la última media hora, el tiempo también había tomado sus disposiciones: todo aquel velo, como movido por un viento caluroso,

se había reunido en Occidente; después, rechazado por una corriente contraria, avanzaba lenta, pausadamente.

Sentíase acercarse la tempestad; pero, como el rey no la veía, nadie se creía con el derecho de verla.

Continuó, por tanto; --el paseo; algunos espíritus inquietos levantaban, sin embargo, alguna que otra vez sus ojos hacia el cielo.

Otros, más tímidos aún, se paseaban sin apartarse de los carruajes, donde pensaban ir a buscar un abrigo, caso de tempestad.

Pero la mayor parte de la comitiva, viendo al rey entrar resueltamente en el bosque con La Vallière, le siguió.

Lo cual, advertido por el rey, tomó la ruana de La Vallière y la condujo a una avenida lateral, donde nadie se atrevió a seguirlos.,

### III

#### LA LLUVIA

En aquel instante, y en la misma dirección que acababan de tomar el rey y La Vallière, iban también dos hombres, sin cuidarse poco ni mucho del estado de la atmósfera, sólo que en vez de seguir la calle de árboles, caminaban bajo los árboles.

Llevaban inclinada la cabeza, como personas que piensan en graves negocios. Ninguno de ellos había visto a Guiche ni a Madame, ni al rey y a La Vallière:

De pronto pasó por el aire algo así como una llamarada, seguido de un rugido sordo y lejano.

-¡Ah! exclamó uno de ellos levantando la cabeza-. Ya tenemos encima la tempestad. ¿Volvemos a las carrozas, mi querido Herblay?

Ararais levantó los ojos y examinó la atmósfera.

¡Oh! -dijo-. No hay prisa todavía.

Luego, prosiguiendo la conversación en el punto en que sin duda la había dejado:

-¿Conque decís-añadió- que la carta que escribimos anoche debe de estar a estas horas en manos de la persona a quien iba dirigida?

-Digo que la tiene ya de seguro. -¿Por quién la habéis remitido? -Por mi correveidile, como ya tuve el honor de decir.

-¿Y ha traído contestación? -No le he vuelto a ver: indudablemente la pequeña estaría de servicio en el cuarto de Madame, o vistiéndose en el suyo, y le habrá hecho aguardar. En esto [llegó la](#) hora de partir y salimos, por lo cual no he podido saber lo que habrá ocurrido.

-¿Habéis visto al rey antes de marchar?

-tí.

-¿Y qué tal se ha mostrado.? -Bondadosísimo.... o infame, según haya sido veraz o hipócrita. -¿Y las fiestas?

-Se verificarán dentro de un mes.

-¿Y se ha convidado él mismo? -Con una tenacidad \_ en que he reconocido a Colbert. -Perfectamente.

¿No os ha desvanecido la noche vuestras ilusiones?

-¿Acerca de qué?

-Acerca del auxilio que -podéis proporcionarme. en esta ocasión. -No; he pasado la noche escribiendo, y ya están las órdenes dadas para' ello.

-Tened presente que la fiesta costará algunos millones.

-Yo contribuiré con seis... Agenciaos dos o tres, por vuestra parte, para todo evento. .

-Sois un hombre admirable, querido Herblay:

-Pero -preguntó Fouquet con un restó de inquietud-, ¿cómo es que manejando millones de esa manera no disteis de vuestro bolsillo a

Baiáemeaux los cincuenta mil francos?

--Porque- entonces me hallaba tan pobre como, Job.

¿Y ahoa?

-Ahora soy más rico que el rey -dijo Aramis:

Estoy contento **-dijo** Fouquet—, pues me precio de conocer a los hombres y sé que sois incapaz de faltar a vuestra ' palabra. No quiero arrancaron vuestro secreto, y así no hablemos. más de ello.

En aquel momento oyóse un sordo fragor **que** estalló, de repente en un fuerte trueno.

-¡Oh, oh! -murmuró Fouquet-. ¿Qué os decía yo?;

Volvamos a las carrozas -dijo Aramis. .

=No tendremos tiempo -dijo Fouquet-, pues comienza a llover con fuerza.

En efecto, como si el cielo se hubiera abierto, un diluvio de gruesas gotas hizo resonar casi al mismo tiempo la cima de **los** árboles.

¡Oh! -dijo Aramis-. Aún tenemos tiempo de llegar a **los** carruajes antes de que las hojas se ¡inpregnen de agua.

Mejor sería -observó Fouquet- retirarnos a una gruta. ¿Hay, alguna por aquí? -preguntó Aramis.

--Conozco una a pocos pasos de aquí -dijo Fouquet con una sonrisa..

Luego, como quien procura orientarse

-Sí -añadió-, porque aquí es. -¡**Que** dichoso sois' en tener tan buena memoria! -dijo Aramis sonriéndose a su vez-; ¿pero no teméis que si vuestro cochero no nos ve regresar, crea que hayamos vuelto por otro camino y siga los carruajes de la corte?

-¡Oh! -dijo Fouquet-. No hay tal peligro; cuando , dejo apostados mi cochero y mi carruaje en un:sitio cualquiera, sólo una orden

expresa del rey es capaz de hacerlos [mover.de](#).allí; y, además, creo que no somos los únicos que nos hayamos alejado tanto, pues si no me engaño oigo pasos y ruido de voces.

Y al pronunciar estas palabras, se volvió Fouquet, separando con su bastón un espeso ramaje que le ocultaba el camino..

Aramis miro por` la abertura al mismo tiempo que Fouquet.

¡Una mujer! -exclamó Ara

mis.

-¡Un hambre! -dijo Fouquet. -¡La Vallière!

-¡El rey!

-¡Oh, oh! ¿Será que el rey conoce también vuestra caverna? No me extrañaría, porque me parece que ;está en buenas relaciones con las ninfas de. Fontainebleau.

-No importa --replicó Fouquet ; .de todos modos, vamos a la gruta; si no la conoce, veremos lo que hace; y si la conoce, como tiene dos aberturas, en tanto que entra el, rey por una, saldremos nosotros por la otra.

-¿Está lejos? -preguntó Aramis-. Pues gotean ya las hojas. -Vedla aquí.

Fouquet separó algunas ramas, y dejó al descubierto una excavación de roca, oculta completamente con ' brezos, hiedra y espesa bellotera. Fouquet mostró el camino. Aramis le siguió.

En el momento de entrar en la gruta, Aramis se volvió. -¡Oh!-exclamó éste-. Pues entran en él bosque y se dirigen hacia este lado.e

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

